

Fiesta a Señor San José

Expresión de nuestra fe, gratitud por sus favores
y cumplimiento de nuestra promesa



Señor san José, te damos gracias por enseñarnos a caminar en la oscuridad del desierto; tus sueños te llevaron a cumplir la voluntad del Padre, ahora tu testimonio nos lleva a compartir el pan, la vida y la esperanza.

Sabemos que escuchas nuestras oraciones, que te presentamos en la danza, en el peregrinar, en los cantos, en la Eucaristía.
Entrega todas nuestras historias a las manos del Padre misericordioso, para que con la fuerza del Espíritu santifique nuestros pasos y nos lleve a anunciar la Buena Nueva de Jesús a nuestros hermanos.

Señor san José, Tú que eres luz en nuestra historia, consuelo en nuestros dolores y alegría en nuestras vidas, pedimos tu intercesión ante Dios, confiando en tu mano protectora y en tu corazón de padre y peregrino de esperanza.

La Semilla de la palabra



HOJA
DOMINICAL
28° Domingo Ordinario

Ser agradecidos

Entre los israelitas la lepra era considerada como un castigo divino. Quienes contraían esta enfermedad eran vistos como personas impuras, tanto legal como religiosamente, y eran expulsados de la comunidad civil y del culto. Y así, los leprosos sufrían a la vez marginación moral, social y religiosa: vivían en lugares apartados, tenían prohibido entrar en las aldeas y núcleos de población, cuando iban de camino debían avisar para que nadie se les acercara, no podían participar en los actos de culto del pueblo y se les consideraba pecadores.



Como la enfermedad era tenida por incurable, la única esperanza que les quedaba a estos enfermos era un milagro. En todo caso, si la curación se producía, un sacerdote tenía que comprobarla y certificar que era cierta. Se creía y se esperaba que con la llegada del Mesías, en la nueva sociedad por Él inaugurada, desaparecería la lepra. Por eso las curaciones hechas por Jesús anuncian que el Reino de Dios ha llegado.

Lucas es el único evangelista que nos presenta este milagro y su relato nos habla de la presencia liberadora de Dios y de la gratuidad de sus dones. Él nos da la vida, la salud, las oportunidades, no porque seamos buenos, puros o cumplidos, sino porque nos ama. Su amor es desinteresado y no busca nada a cambio.

La actitud de agradecimiento es importante. El hecho nos dice que sólo el samaritano, descubre la novedad que Jesús trae y queda totalmente liberado. Ojalá que también nosotros seamos siempre agradecidos con Dios que libera y da sus dones por amor.

Salmo Responsorial
(Salmo 97)

*R/. El Señor nos ha mostrado
su amor y su lealtad*

**Cantemos al Señor
un canto nuevo,
pues ha hecho maravillas.
Su diestra y su santo brazo
le han dado la victoria. R/.**

**El Señor ha dado
a conocer su victoria y
ha revelado a las naciones
su justicia. Una vez más
ha demostrado Dios
su amor y su lealtad
hacia Israel. R/.**

**La tierra entera ha
contemplado la victoria
de nuestro Dios.
Que todos los pueblos
y naciones aclamen con
júbilo al Señor. R/.**



Aclamación antes
del Evangelio
(1 Tes 5, 18)

R/. Aleluya, Aleluya

**Den gracias siempre,
unidos a Cristo Jesús,
pues esto es lo que Dios
quiere que ustedes hagan.**

R/. Aleluya, Aleluya

La Palabra del domingo...

Del segundo libro de los Reyes (5, 14-17)

En aquellos días, Naamán, el general del ejército de Siria, que estaba leproso, se bañó siete veces en el Jordán, como le había dicho Eliseo, el hombre de Dios, y su carne quedó limpia como la de un niño.

Volvió con su comitiva a donde estaba el hombre de Dios y se le presentó diciendo: “Ahora sé que no hay más Dios que el de Israel. Te pido que aceptes estos regalos de parte de tu siervo”. Pero Eliseo contestó: “Juro por el Señor, en cuya presencia estoy, que no aceptaré nada”. Y por más que Naamán insistía, Eliseo no aceptó nada. Entonces Naamán le dijo: “Ya que te niegas, concédeme al menos que me den unos sacos con tierra de este lugar, los que puedan llevar un par de mulas. La usaré para construir un altar al Señor, tu Dios, pues a ningún otro dios volveré a ofrecer más sacrificios”.

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (2, 8-13)

Querido hermano: Recuerda siempre que Jesucristo, descendiente de David, resucitó de entre los muertos, conforme al Evangelio que yo predico. Por este Evangelio sufro hasta llevar cadenas, como un malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada. Por eso lo sobrellevo todo por amor a los elegidos, para que ellos también alcancen en Cristo Jesús la salvación, y con ella, la gloria eterna.

Es verdad lo que decimos: “Si morimos con él, viviremos con él; si nos mantenemos firmes, reinaremos con él; si lo negamos, él también nos negará; si le somos infieles, él permanece fiel, porque no puede contradecirse a sí mismo”.

Palabra de Dios.
R/. Te alabamos, Señor.

Del santo Evangelio según san Lucas (17, 11-19)

En aquel tiempo, cuando Jesús iba de camino a Jerusalén, pasó entre Samaria y Galilea. Estaba cerca de un pueblo, cuando le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se detuvieron a lo lejos y a gritos le decían: “¡Jesús, maestro, ten compasión de nosotros!”. Al verlos, Jesús les dijo: “Vayan a presentarse a los sacerdotes”. Mientras iban de camino, quedaron limpios de la lepra.

Uno de ellos, al ver que estaba curado, regresó, alabando a Dios en voz alta, se postró a los pies de Jesús y le dio las gracias. Ése era un samaritano. Entonces dijo Jesús: “¿No eran diez los que quedaron limpios? ¿Dónde están los otros nueve? ¿No ha habido nadie, fuera de este extranjero, que volviera para dar gloria a Dios?” Después le dijo al samaritano: “Levántate y vete. Tu fe te ha salvado”.

Palabra del Señor.
R/. Gloria a ti, Señor Jesús.

Oración de una leprosa

Tú, Señor, has venido, me lo has pedido todo y yo te lo he entregado.

Me gustaba leer, y ahora estoy ciega.
Me gustaba pasear por el bosque,
y ahora mis piernas están paralizadas.
Me gustaba coger flores, y ahora no tengo
manos. Me gustaba contemplar la hermosura
de mis cabellos, la delicadeza de mis dedos,
la gracia de mi cuerpo..., y ahora estoy casi
calva y, en lugar de mis largos y hermosos
dedos, no tengo más que unos muñones
rígidos e insensibles, como si fueran de corcho.

Mira, Señor, cómo ha quedado mi cuerpo.
Pero no me rebelo. Te doy las gracias.
Te daré las gracias por toda la eternidad
porque, si muero esta noche, sé que mi vida
ha sido maravillosamente plena.

He vivido el Amor y he quedado mucho más
colmada de cuanto mi corazón haya podido
ansiar. ¡Oh padre, qué bueno has sido con tu
pequeña Verónica...!

Esta noche, Amor mío, te pido por los leprosos
del mundo entero. Te pido, sobre todo,
por aquellos a quienes la lepra moral abate,
destruye, mutila y destroza. Es sobre todo a
ellos a quienes amo y por quienes me ofrezco
en silencio, porque son mis hermanos y
hermanas. Te ofrezco mi lepra física para que
ellos no conozcan el hastío, la amargura y
la gelidez de su lepra moral.

Soy tu hija, Padre mío; llévame de la mano
como una madre lleva a su hijito.
Estréchame contra tu corazón como un padre
hace con su hijo. Húndeme en el abismo de
tu corazón, para habitar en él, con todos a
quienes amo, por toda la eternidad. Amén.

Verónica